

APORTES SOBRE LA DIFERENCIA Y EL GÉNERO PARA LA RENOVACIÓN DE LA HISTORIA POLÍTICA

En García, P., Luna, L. G.
y Otros (eds).
Las Raíces de la Modernidad
América Latina.
O.B. Publicacions, Barcelona 1996

Lola G. Luna
Universitat de Barcelona

A esta Mesa sobre «El género y la diferencia en la historia de América», quiero contribuir con algunas consideraciones, aún poco desarrolladas, sobre los conceptos de la diferencia y el género en la renovación de la historia política.

1. Diferencia y desigualdad

Una de las discusiones más interesantes que se han planteado en las dos últimas décadas se refiere a la visión que desde Europa se ha dado de la historia de otros continentes calificándola de etnocentrista. Paralelamente la preocupación por las experiencias históricas femeninas, invisibilizadas durante siglos por la historiografía, también ha producido una saludable crítica a esa ausencia que ha conducido a nuevos temas y nuevos enfoques. El etnocentrismo y el androcentrismo en la historia han puesto en marcha nuevas miradas, revisiones y renovaciones de la historiografía, porque ambos problemas históricos: la interpretación del otro a partir de nuestra experiencia o de conceptualizaciones universales, y la invisibilización de las mujeres en la historiografía, están relacionados con las múltiples diferencias: culturales, étnicas, sexuales y a su vez estas diferencias se han identificado históricamente con la desigualdad. Es decir, el origen de la cuestión parte de un tronco común: la visión sesgada que tenemos, que recibimos, que proyectamos sobre o producimos del otro o de la otra, a su vez, trufada por intereses diversos.

Lo cierto es que hasta no hace muchos años, la mirada etnocéntrica de los historiadores reprodujo continuamente la idea - y esa continuidad es la clave de

la formación imaginaria - de que la historia discurría en una sola dirección y de que todas las sociedades estaban destinadas a recorrer las mismas etapas que conducen desde la barbarie a la civilización. En la últimas décadas las prevenciones sobre el etnocentrismo se han generalizado. Por ejemplo, J. Elliot señaló de la manera siguiente el cuestionamiento que América significó para Europa y las diferencias que planteó:

«Su descubrimiento tuvo importantes consecuencias intelectuales, puesto que puso a los europeos en contacto con nuevas tierras y nuevas gentes, y como consecuencia puso también en duda un buen número de prejuicios europeos sobre la geografía, la teología, la historia y la naturaleza del hombre»¹.

Por su parte, los historiadores latinoamericanos, Ciro Cardoso y Héctor Pérez Brignoli, en su libro «Los métodos de la historia» se referían al etnocentrismo en los siguientes términos:

«Los historiadores de las áreas periféricas o dependientes son llevados por la dinámica del fenómeno de la dependencia cultural (...) a escribir la Historia de sus países utilizando la problemática, los criterios metodológicos, las técnicas y los conceptos elaborados en las regiones más avanzadas. Ahora bien, las realidades históricas en función de las cuales esas herramientas teóricas e instrumentos de análisis fueron desarrollados, son con frecuencia muy diferentes de las que deben ser estudiadas en el caso de los países del llamado «Tercer Mundo»»².

Estos mismos autores, en su «Historia Económica de América Latina»³, considerando la especificidad y las diferencias de la historia de América, hicieron la crítica al etnocentrismo del marxismo ortodoxo y plantearon tesis renovadoras sobre los modos de producción en América y los mecanismos singulares que se siguieron para la implantación del capitalismo en ese continente.

Fernando Cervantes señala que ahora la «otredad» se puede reconocer con claridad, mientras que aceptar la diferencia en la época de la colonia, hubiera significado la negación de los indios como seres humanos, así como la unidad de las razas y la universalidad de los valores en que se asentaba el pensamiento occidental⁴.

A mi entender, ha sido Todorov el que realizó en los años ochenta uno de los planteos más fructíferos sobre la «otredad», escogiendo el tema del descubrimiento y la conquista de América. Su enfoque no se agota en la denuncia del etnocentrismo porque como el mismo señala al comienzo:

«Quiero hablar del descubrimiento que el «yo» hace del «otro». El tema es inmenso. Apenas lo formula uno en su generalidad, ve que se subdivide en categorías y en direcciones múltiples, infinitas, (...) como un grupo social concreto al que «nosotros» no pertenecemos. Ese grupo puede, a su vez, estar en el interior de la sociedad: las mujeres para los hombres, los ricos para los pobres...»⁵

1. El Viejo y el Nuevo Mundo, Madrid 1984, pag. 20 (la negrita pertenece al texto original)

2. pag. 54, Barcelona 1976

3. Barcelona 1979

4. Fernando Cervantes, «La Evangelización en la América Ibérica», en 1492-1992, La historia revisada, 1992, p. 82

5. La conquista de América: la cuestión del otro, México 1987, p. 13

Desde este enfoque de la «otredad», por ejemplo, se nos revela la femineidad como proyección de la masculinidad y ambas como creaciones simbólicas, fuera de toda naturalidad y como hechos históricos por explicar. La evolución del conocimiento ha permitido poner en cuestión el universalismo y demostrar que la diferencia y la diversidad no es sinónimo de desigualdad, aunque lo difícil - en palabras de Todorov - es «vivir la diferencia en igualdad».

2. Diferencia sexual, género y política

Hasta aquí me he referido de manera muy general al hecho de la diferencia como diversidad étnica y cultural, así como a la aceptación de la existencia del «otro». Pero la diferencia no se agota ahí, como apuntaba Todorov, porque la historia también está trufada por múltiples experiencias femeninas diferenciadas de las masculinas. Para verio basta preguntarse ante cualquier hecho, cómo por ejemplo el descubrimiento o la conquista de América: qué hacían o dónde estaban las mujeres. Entonces se evidencia el hecho diferencial sexual mostrando que las mujeres estuvieron, pero, de otra manera que los hombres, con otro papel, de forma individual y extraordinaria, en otros lugares, etc. etc. Por qué fue así, es la pregunta madre sobre el origen de la subordinación femenina, que la revisión de la historia comienza a responder. En cualquier caso, desde la diferencia sexual se ha producido una doble vía de significados, tanto a través de las experiencias de las mujeres, como en las actuaciones de los hombres.

La diferencia sexual se convirtió históricamente en un sistema que significa al mismo tiempo diversidad y experiencias específicas determinadas por el género⁶. Lo cierto es que la diferencia sexual forma parte de la historia y ya se presenta como un elemento a historiar en sus consecuencias, el género; las formas cómo hacerlo indudablemente son diversas⁷.

Las mujeres y la historia, sigue siendo hoy un tema polémico, pero no novedoso. Si miramos dos décadas atrás, la historiografía sobre las mujeres ha pasado de la descripción de las mujeres excepcionales, a explicar las experiencias históricas femeninas, a través de temas como la cotidianidad, la familia, la educación o el trabajo, donde se considera a «la mujer» como un grupo social. Los enfoques utilizados mayormente provienen de la historia social y económica y desde luego supone un rescate de las experiencias históricas de las mujeres, que se encontraban en las sombras. Es decir, las descripciones de la cultura femenina o de las actividades materiales que las mujeres han desempeñado entre otros temas, supone investigación relevante que hay que realizar, pero hay preguntas históricas que aún están por contestar sobre cómo y por qué se produjo el hecho

6. Scott, J. W. «Sobre el Lenguaje, el Género y la Historia de la Clase Obrera», *Historia Social*, n. 4. Valencia 1989, p. 90. Parto de la definición de género que lo explica como un campo donde «o por medio del cual se articula el poder», habiéndose dado de esta forma especialmente en las tradiciones judeo-cristiana e islámica, Scott, «El género: Una categoría útil para el análisis histórico», en J.S. Amelang y M. Nash (ed.) *Historia y Género*, Alfons el Magnanim, Valencia 1990. pp. 44-47

7. Todorov, a la hora de abordar «la otredad», al igual que Scott, para explicar el género en la historia, optan por el análisis de lo simbólico en el discurso histórico, entendiendo el lenguaje como un sistema de significados.

de la subordinación y cómo esa subordinación se consideró natural a lo largo de siglos. La revisión de aspectos políticos de la historia incorporando la diferencia puede arrojar luz sobre el tema. La historia política tradicional que hacía la historia de los poderosos entró en crisis a consecuencia, entre otros factores, de la gran limitación que presentaba en su objeto de estudio, porque se ocupaba solamente de algunos actores de la historia. Actualmente, la historia política, se encuentra en un proceso de renovación y ha incorporado las experiencias históricas de otros grupos sociales, pero se está poniendo de manifiesto que faltan conceptualizaciones que expliquen las relaciones de las mujeres con el poder. En este sentido pienso que la renovación de la historia política pasa por incorporar el tema de la diferencia.

Los nuevos sujetos o actores, relevados por la historia política actual, confrontaron en el terreno de la realidad la universalidad de anteriores interpretaciones. La determinación de la historia por las problemáticas socio-económicas se comenzó a reconsiderar ligada a otras estructuras (políticas, mentales, culturales, religiosas) en un nivel de interrelación. Desde ahí se ha realizado la revisión de temas y acontecimientos, pudiendo decirse que el momento actual es de apertura y diversidad metodológica.

François-Xavier Guerra mantiene la necesidad de restaurar la historia política y en ella los actores sociales «reales». Los «grupos sociales» protagonistas de la historia económica y social son «actores abstractos», «categorías de análisis empleadas para tipificar relaciones económicas». Los actores reales, según Guerra:

«... poseen sus propias formas de autoridad sus reglas de funcionamiento interno, sus lugares, formas de sociabilidad y comportamientos propios; sus valores, «imaginarios», lenguajes y símbolos particulares, es decir, para resumirlos, una cultura específica. La relación mútua entre estos actores reales, en terminos de poder, es precisamente la política.»⁸

La historia política, que no «la primacía de lo político», es para Guerra⁹, la escena donde se mueven una diversidad de actores. En la renovada historia política no se desprecian otros elementos sociales y económicos, pero se relacionan sin determinismos. Lo político no es visto como una superestructura, sino como «una de las dimensiones de un objeto único de estudio, es decir, la vida de los hombres en sociedad»¹⁰. Hasta aquí, casi estaría de acuerdo con Guerra, pero su planteamiento, muy sugestivo metodológicamente, no llega a incluir, aunque lo prometa, a todos los actores reales (las mujeres son actores reales) manteniendo en las sombras las relaciones de las mujeres con la política. Por ejemplo, los movimientos sociales que se han dado a lo largo de la historia de América y de otros continentes y la participación de las mujeres en ellos es historia política de actores sociales reales. Es decir, la historia política es no solo el estudio del Estado, las instituciones, el sistema político, el ejército, la cultura política y las for-

8. «Lugares, formas y ritmos de la política moderna», *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, nº 285, Caracas, 1989, p. 8

9. «El olvidado Siglo XIX», en *Balance de la Historiografía sobre Iberoamérica (1945-1988)*, Universidad de Navarra, Pamplona 1989, p. 612

10. *Ibidem*, p. 602

mas de sociabilidad sino también las relaciones de todos los actores sociales reales con la política, con el poder, en su acepción mas amplia.

A través de la investigación sobre los movimientos sociales de mujeres en el siglo XX, me he dado cuenta de que faltan conceptualizaciones que expliquen la relación de las mujeres con la política. Las experiencias políticas femeninas están determinadas por la exclusión del ejercicio de derechos políticos y por formas de inclusión en la política, diferentes a las masculinas. Está claro que las mujeres han estado excluidas de la política. Cuando en el siglo XIX comienza a implantarse el liberalismo en los países latinoamericanos, las mujeres quedan fuera de los derechos de ciudadanía¹¹, al igual que había sucedido en Europa y de ahí surgió el hecho histórico de los movimientos sufragistas.

Para entender la exclusión de las mujeres de la política, hay que conocer cómo se ha producido, preguntándose por ejemplo: ¿por qué no eran consideradas ciudadanas las mujeres? Y también hay que preguntarse: ¿por qué después de reconocerse a las mujeres los derechos de ciudadanía, siguieron siendo excluidas del ejercicio de la política, ¿por qué, actualmente siguen estando ausentes de los centros de decisión? Para responder a estos interrogantes que plantea la relación de las mujeres con la política, faltan por investigar los múltiples significados que encierra el género.

Desde luego, la renovación actual de la historia, especialmente en sus aspectos políticos, pasa por investigar la exclusión y las formas de inclusión de las mujeres en el poder¹², sus relaciones y experiencias concretas, explicando sus actuaciones políticas desde los márgenes porque recordemos con Adam Schaff, que no existe la verdad objetiva en la historia y que ésta se reescribe constantemente porque:

«los criterios de valoración de los acontecimientos pasados varían con el tiempo y por consiguiente la percepción de los hechos históricos cambian para modificar la imagen misma de la Historia»¹³.

11. Sobre este aspecto ver mi artículo: *Historia, Género y Política*, pp. 43-58, en Loía G. Luna y Norma Villarreal, *Historia, Género y Política. Movimientos de Mujeres y Participación Política en Colombia, 1930-1999*, Ed. SIMS, Universitat de Barcelona, 1994

12. Este aspecto lo amplió en «La otra cara de la política: exclusión e inclusión de las mujeres en el caso latinoamericano», *Boletín Americanista* nº 46, Barcelona 1996.

13. *Historia y verdad*, Barcelona 1983, p. 326